

Isaac Bashevis Singer

EL HUÉSPED

Traducción de Andrés Catalán



colecciónminilecturas

Nórdicalibros

Isaac Bashevis Singer

El huésped

Traducción de Andrés Catalán



Desde fuera llegaba el estruendo de un camión que no conseguía arrancar. Traqueteaba y jadeaba como si su alma metálica estuviera a punto de expirar. Los niños jugaban al béisbol y gritaban como locos. El aire que entraba por la ventana abierta olía a gasolina, a cebolletas y a los primeros días del verano. En torno a la luz del techo se arremolinaba un enjambre de moscas con un zumbido monótono. Por la ventana, adornada de cortinas holandesas, entró una mariposa y se posó en la mesa. Se quedó inmóvil, las alas plegadas, esperando con la calma fantástica de las criaturas cuya vida no dura más que un breve instante. Reb Berish Zhichliner, vestido con un manto de oración y unas filacterias, había ya terminado las plegarias de rigor, pero continuó entonando otras súplicas, aquellas que solo repiten los muy piadosos y los que disponen de mucho tiempo.

La barba de Reb Berish era blanca y la cara roja. Tenía cejas pobladas y bolsas dobles bajo los ojos. Habían pasado solamente dos años desde que se había jubilado de su negocio de retales. Durante cuarenta años llevó una carretilla por el Lower East Side y también por aquí, en Williamsburg. Había perdido a su esposa, a su hijo y a una hija mientras tanto. Otra hija vivía con un marido gentil en alguna parte de California. Nada le quedaba a Reb Berish salvo la pensión, una tumba en el cementerio que pertenecía a la Sociedad Sochaczew y un apartamento en la calle Clymer. Para no vivir solo, había acogido como huésped a un refugiado, un hombre que había sobrevivido a los campos, pasado una temporada en la Rusia soviética y después deambulado por medio mundo. Su nombre era Morris Melnik. Le pagaba quince dólares de alquiler todos los meses. En aquel instante todavía dormía en su habitación, que tenía una ventana que daba a la escalera de incendios.

Reb Berish lo había acogido movido más por la lástima que por los quince dólares. Morris Melnik lo había perdido todo: a sus padres, a sus hermanas y hermanos, a su esposa y a su hijo. Aun así, Reb Berish se arrepentía de haberle abierto su casa. Melnik era un insolente y un descreído, un libertino, una criatura obstinada. Hacía el payaso con las mujeres del vecindario. Mezclaba carne y leche en la misma comida. Volvía a casa a las dos de la madrugada y dormía hasta casi el mediodía. No rezaba, no respetaba el *sabbat*. En el instante en que Reb Berish empezó a entonar los Trece Principios de la Fe, Melnik entró en la habitación: un hombrecillo de rostro cetrino, como afectado de ictericia, y con unos pocos mechones aislados de pelo negro y gris que le coronaban la cabeza. Llevaba puestos un pijama rojo y unas zapatillas raídas. Aún no se había afeitado y en las mejillas hundidas tenía unas sombras negras. El mentón era puntiagudo, la nariz delgada y huesuda. Sus ojillos se ocultaban tras unas largas pestañas afiladas como agujas. A Reb Berish le recordaba a un erizo. Cuando abría la boca, exhibía una hilera de dientes

repleta de empastes de oro.

—¿Todavía rezando, Reb Berish? —preguntó.

—Pues...

—¿A quién le reza? ¿Al Dios que hizo a Hitler y le otorgó la capacidad de asesinar a seis millones de judíos? ¿O quizás al Dios que creó a Stalin y le permitió liquidar a otros diez millones de víctimas? En serio, Reb Berish, no va a conseguir engatusar al Señor del Universo con un par de filacterias. Es un hijo de puta de primera categoría y un terrible antisemita.

—*Pfui* —contestó Reb Berish con una mueca—. Márchese.

—¿Hasta cuando vamos a seguir llorándole y cantando salmos? —prosiguió Melnik—. He visto con mis propios ojos cómo arrojaban a un judío con un manto de oración y unas filacterias a una zanja llena de mierda. Literalmente.

La cara roja de Reb Berish enrojó aún más. Se apresuró a acabar los artículos del credo para poder contestar a su huésped.

—Tengo una fe absoluta en que se producirá una resurrección de los muertos en el momento en que así lo disponga el Creador. Bendito sea Su nombre, y glorificada sea Su conmemoración por los siglos de los siglos —murmuró.

Cerró el libro de oraciones, pero dejó dentro el dedo índice para poder volver a abrirlo por el mismo punto después de contestar a Melnik como se merecía. Suspiró y rezongó.

—¿Puede dejar de blasfemar? Yo no le digo cómo se tiene que comportar y usted no intente darme lecciones. Viera usted lo que viera, el Todopoderoso sigue siendo un Dios misericordioso. Desconocemos Sus propósitos. Si Lo conociéramos, seríamos como Él. Se nos ha otorgado el libre albedrío, y eso es todo. Quienes arrojaron a la inmundicia a ese judío, cuya alma bendita descansará en el Trono Celestial, nunca dejarán la gehena.

—Tonterías. Palabras vacías. ¿Dónde está su alma? No existe el alma, Reb Berish. La inventaron unos holgazanes en la casa de estudios. Había en Rusia un tal profesor Pavlov, y era el peor de todos. Todo un pez gordo, como dicen aquí. Extirpó el cerebro de un perro y no halló allí alma alguna. Un cerebro es una máquina, exactamente igual que en un autómata. Metes tres centavos y te devuelve un bocadillo. A la máquina no le hacen falta tus centavos. Puedes meterle fichas de madera. Lo fabricaron así, eso es todo.

—Está comparando un hombre santo con un perro o un autómata. Debería avergonzarse, señor Melnik. Una máquina es una máquina, y el hombre fue creado a imagen de Dios.

—¡A imagen de Dios! Estuve en la cárcel de Moscú en una celda con el rabino de Bludnov. Durante siete semanas estuvimos juntos, y en todo ese tiempo no hizo más que una cosa: estudiar la Torá. Padecía hemorroides y cuando se sentaba en el orinal sangraba como un animal. En medio de la noche lo despertaban y se lo llevaban para interrogarlo. Yo alcanzaba a oír sus gritos y cuando regresaba era incapaz de andar. Lo metían de un empujón a la celda y se desplomaba en el suelo. Le reanimábamos como mejor podíamos. Tras siete semanas de tortura se lo llevaron una noche para fusilarlo.

—¿Se quejó entonces de la injusticia de Dios?

—No, siguió siendo un creyente hasta su último aliento.

Reb Berish hizo una mueca y se frotó la frente.

—Cuando se otorga libre albedrío, se otorga libre albedrío. Significa que los malvados tienen la capacidad de hacer maldades a su antojo. ¿No otorga el Gobierno aquí en la tierra libertad de decisión? Un gánster puede asesinar, asaltar, robar hasta que lo atrapan. Pero cuando lo atrapan recibe su merecido.

—Los nazis no recibieron su merecido, Reb Berish. Estuve en Múnich tras la guerra. Estaban todos allí, sentados en una enorme cervecería, colorados y gordos como cerdos, trasegando cerveza y cantando canciones nazis como desatados. Alardeaban abiertamente de la cantidad de judíos que habían quemado, gaseado, enterrado vivos, y de cuántas chicas judías habían violado. Tendría que haber oído cómo se reían. América les enviaba miles de millones de dólares y se llenaban el gáznate de *bayerisches* y se zampaban sus *weisswurst*. Las panzas casi les reventaban de placer. Cuando entré y se dieron cuenta de que era judío se pusieron como bestias. Querían acabar conmigo allí mismo.

—¿Por qué entró en un sitio como ese?

—Tenía una novia alemana. Yo me dedicaba al contrabando de oro y ella lo escondía. Trabajábamos, como se dice, al cincuenta por ciento. Y teníamos además otros negocios.

—*Pfui*, no es usted mejor que ellos.

—¿Qué podía hacer? Las chicas judías estaban todas enfermas y amargadas. Si te acostabas con ellas no hacían más que quejarse hasta que te reventaban los oídos. Todo lo que querían era casarse y sentar la cabeza. No era mi caso. Con una chica alemana tenías lo que querías y sin jaleos. A cambio de un paquete de cigarrillos americanos podía ser tuya la viuda de Himmler.

—Hágame un favor y cállese. Si no va a dejarme rezar en paz, tenga la bondad de irse de esta casa. No hacemos buena pareja.

—No me regañe, Reb Berish. Por lo que a mí respecta, como si reza desde que amanece hasta que se pone el sol. Siga adulando a Dios, dígame lo fabuloso que es, lo bueno, lo misericordioso que es, y le preparará un segundo Hitler. Ya lo están preparando. América les está enviando aviones. Un día les entregarán también la bomba atómica. Con sus impuestos, Reb Berish, se está rearmando Alemania. Esa es la verdad.

Reb Berish se agarró la barba.

—Eso no es aún del todo verdad. Por favor, vuelva a su habitación y déjeme continuar con mis oraciones.

—Continúe, continúe. Si alguien se molesta, que se lo haga mirar.

Tras las oraciones, Reb Berish empezó a trastear en la cocina y a prepararse el desayuno. Se trataba en realidad de una combinación de desayuno y almuerzo, porque Reb Berish solamente comía dos veces al día. Trasteaba y suspiraba. El médico le había prohibido todo lo que le gustaba: sal, pimienta, chucrut, rábanos, mostaza, arenques, encurtidos, hasta la mantequilla y la

crema agria. ¿Qué le quedaba? Tostadas con requesón y una taza de té poco cargada. Podía haber comido espinacas o coliflor, pero nunca se acostumbraría a esa clase de comida. Incluso la fruta en América carecía del viejo sabor casero. La verdad era que desde que su esposa, Feige Malke, falleciera, todo había perdido su sabor y su sentido: irse a la cama, levantarse por la mañana, recibir un cheque del Tío Sam, incluso los *sabbats* y los días sagrados. Reb Berish había tomado muchas veces la decisión de no volver a conversar con su huésped, el charlatán que las había pasado canutas y seguía sin ser buena persona. Pero sentarse a solas en la mesa resultaba también difícil. De algún modo las duras palabras de este huésped gruñón habían ocupado el lugar de la cebolla, el rábano picante, el ajo o un vaso de vodka. Hacían que el corazón le latiera más deprisa, le calentaban la sangre en las venas.

—Oiga, señor Melnik, venga y tómese una taza de té —gritó Reb Berish.

Melnik apareció inmediatamente en la puerta. Se había peinado el pelo sobre la calva y se lo había embadurnado de gomina. Se había puesto una camisa rosa, una corbata amarilla con lunares negros, un par de pantalones militares color caqui y unos zapatos militares que podían comprarse por poco dinero. En el dedo anular de la mano izquierda lucía un anillo grabado con un rubí, y alrededor de la muñeca, un reloj con una correa de oro. En el bolsillo de la camisa tenía tres estilográficas y dos lápices con capuchones de plata. Tras el afeitado y el baño parecía en cierto sentido más joven. Las bolsas bajo los ojos se le habían alisado. Los ojos se habían vuelto más claros. Reb Berish lo miró asombrado.

—Venga, tome algo.

—Vamos a ver, ¿qué voy a tomar? Si hubiera preparado una mesa como esta en los campos otra cosita habría sido. Fui testigo de cómo asesinaron a un judío por haber robado una patata. Era pariente mío. En nuestro campo había un tipo que tenía una tienda. Ya se puede imaginar cómo era la tienda. Guardaba sus productos en el catre en el que dormía. Si le hubieran atrapado le habrían fusilado de inmediato. Habría tenido suerte de que le fusilaran. Probablemente le hubieran torturado. Pero los negocios son los negocios. He visto a judíos sufrir el martirio de los negocios. Así ocurrió en los guetos, así ocurrió en Rusia. Por culpa de unos pocos carretes de hilo y una docena de agujas condenaban a muerte a la gente. En los campos, estos comerciantes guardaban unas pocas hojas de repollo, algunas mondas de patata y algunos rábanos silvestres: ese era su negocio. Pero el hambre es dura. En los campos rusos la gente enfermaba de escorbuto por falta de vitaminas. Uno se muere por estas enfermedades de repente. Lo presencié una vez.

—Aguarde un momento, señor Melnik. Será mejor que coja una rebanada de pan con queso. Cómase unas cerezas.

—Gracias. Estaba echado en mi catre una noche de invierno, en medio de un campo en Kazajistán, mientras hablaba con mi vecino del catre de enfrente. Hacía tanto frío que el agua del cubo se había helado. Para taparnos usábamos todos nuestros andrajos. Fuera la helada era terrible. Estábamos hambrientos además, pero hablábamos. ¿De qué hablábamos? De las esposas y los hijos que estaban con los alemanes, y sobre los viejos tiempos, y de qué haríamos cuando

volviera la paz. Íbamos a hacer una sola cosa: comer. Nos imaginábamos todos los asados y pasteles que nos zamparíamos, la sopa de pollo con fideos, el *kishka*, las cebollas en grasa de pollo, los *schnitzels* y las chuletas. Hubo un instante de silencio. Luego le pregunté a mi vecino algo, pero no contestó. Me pregunté si se habría quedado dormido. Y escuché. Normalmente roncaba, porque tenía pólipos en la nariz, pero ahora estaba extrañamente silencioso. Me deslicé del catre para echar un vistazo. Estaba muerto. Estaba hablando, y al segundo siguiente estaba muerto.

—Terrible, terrible.

—¿De qué se lamenta? Así es la humanidad, la joya de la creación. Mi teoría es que todos los hombres son nazis. ¿Qué derecho tenemos para asesinar un ternero y comérselo? Quien tiene el cuchillo corta el melón. Es exactamente lo que creía Hitler: el poder es la razón. Y en cuanto a Dios, es el más nazi de entre los nazis. El archihitleriano. Tiene más poder que nadie, así que tortura a todo el mundo. Ya ve, no soy un no creyente. La gehena existe, claro que sí. ¿Por qué la gente iba a sufrir solamente en la tierra? Son torturados en la otra vida también. Dios tiene su propio Treblinka, con demonios, trasgos, diablos y ángeles de la muerte. Quemán a los pobres pecadores o los cuelgan de la lengua o de los pechos. Todos los detalles están ahí, en «La vara del castigo». Pero el paraíso no existe. En todo lo que tiene que ver con la muerte soy un verdadero hereje.

Reb Berish dejó de masticar.

—¿Por qué iba el Creador del mundo a ser tan cruel?

—¿Por que no iba a serlo? Tiene el palo más grande, así que lo usa. Nos ha dado una Torá, que nadie es capaz de seguir. Cualquiera rabino de tres al cuarto decide añadir nuevas leyes, y si rompes una de estas leyes te reencarnas en serpiente. Los cristianos mantienen que Dios no fue capaz de redimir a la humanidad hasta que dejó morir a su único hijo en la cruz. De una forma u otra, todo lo que exige es sangre.

—Será mejor que coma algo. Tanto hablar no conduce más que al pecado.

—No hago más que comer. Es lo único que me queda. Las mujeres aquí, en América, no son decentes. La verdad es que no quedan mujeres decentes en ningún lado. En mi época existían todavía algunas esposas fieles. Hoy en día esa especie ha desaparecido del todo. Si hubiera visto lo que yo he visto, la barba se le habría teñido otra vez de negro.

—No quiero saberlo.

—No estoy hablando de los campos. En ellos una mujer no podía evitarlo. Cuando uno teme por su propia vida hace lo que sea. Una vez escuché a una madre persuadir a su hija de que se entregara a un ucraniano sarnoso porque este podía echarle más avena al cuenco de sopa. Terminó haciéndolo y, cuando los nazis se enteraron, los mataron a los tres. Historias como esa ya no nos sorprendían: nos habíamos acostumbrado. Pero fui testigo de cosas aún peores. Después de que nos liberaran dejaron de forzarlas, pero seguían metidas en la mierda. Dormíamos tres familias en una habitación. En un rincón una mujer fornicaba con un aldeano, y en la otra esquina su hermana

hacía lo propio. Habían perdido todo sentido de la vergüenza. Se despiojaban juntas y fornicaban juntas. A una le gustaba hacerlo a la luz de las velas.

—¿Es que no se va a callar? Le advierto por última vez.

—¿Tiene miedo a la verdad?

—Esto no es la verdad. El pecado se parece a la espuma. Cuando viertes cerveza en un vaso imaginas que está lleno, pero dos tercios son solo espuma. Cuando la espuma se disuelve, solo queda un tercio del vaso. Lo mismo es cierto para los pecados. Estallan como burbujas.

—Bien dicho. ¿Es una idea suya?

—Se la escuché a nuestro rabino.

—Bonita frase, pero yo digo que es todo basura. Nada es real salvo la basura. Su rabino también es basura. Tras su barba y sus rizos y el manto con flecos se esconde un hombre que ama a las mujeres, y si no estuviera casado con una mujer atractiva recurriría a las putas.

—¡Canalla! ¡Traidor de Israel!

—Canalla, canallo. No digo que sea un santo. Hago lo que puedo. ¿Qué es lo que quiere que haga? Por cierto, ¿por qué no vuelve a casarse? Todavía está bien de salud. Yo no le dejaría a solas con una mujer gentil ni un minuto.

Reb Berish gruñó. Apoyó un puño sobre la mesa. Con la otra mano se limpió las migas de la barba.

—¡Tonterías! No hace más que soltar atrocidades sobre las mujeres, pero mi Feige Malke, que en paz descanse, era una mujer piadosa. No osaba siquiera mirar a otro hombre. Era exactamente igual que mi madre y mi abuela. ¿Qué sabe usted, joven, sobre la decencia de las mujeres en los viejos tiempos? En Varsovia los asesinos ahorcaron a una mujer importante, la esposa de un anciano, una mujer angelical. Mientras la arrastraban al patíbulo temía que el vestido se le subiera por encima de las rodillas y la expusiera al escarnio. Así que se cogió el vestido con un alfiler, clavándoselo en la pierna, y así es como la ahorcaron.

—¿Estuvo usted presente?

—Otros sí lo estuvieron. Mi tía Deborah se quedó viuda a los veintitrés y nunca volvió a casarse. Le propusieron matrimonio con un hombre muy rico, pero dijo: «Quiero seguir siendo pura cuando me reúna con mi Zorach en el paraíso».

—¿Y cree que ella está allí con él?

—Por supuesto.

—Zorach no está allí, ni ella tampoco. Nada queda de ellos salvo un montón de polvo. Sufrió en vano: palabra de Morris Melnik. En nuestra ciudad había un hombre rico, Reb Zadok, un erudito. Murió y le dejó a su viuda una gran fortuna. Exactamente medio año después, se casó con un carnicero ignorante llamado Chazkele Scab. Se había enamorado de él en la carnicería.

—Bueno, todo es posible.

—Todo está podrido.

Morris Melnik se quedó en silencio. Alzó una cucharilla y trató de dejarla en equilibrio sobre el

borde de un plato. La cucharilla tembló, inclinándose hacia el extremo del mango, y Morris Melnik echó rápidamente una pizca de sal en la cavidad de la cuchara para equilibrarla. Se mordió el labio inferior y abrió un ojo de par en par. El otro lo cerró, como en un guiño. Parecía haber decidido que la forma en que cayera la cuchara sería un augurio de cómo estaban las cosas en el mundo.

Reb Berish sacudió la cabeza, como si estuviera de acuerdo con una antigua verdad que, aunque uno pudiera poner en duda, podría aún hacer desesperar al hombre. Luego se cogió un mechón de la barba y lo examinó, como si quisiera cerciorarse de que efectivamente había encanecido. Luego dijo:

—Cuando un gusano queda sepultado por la basura, ¿cómo puede saber que existen mansiones, palacios, jardines? Tenemos un proverbio: los chinches en la pared no van a los bailes. No hace usted más que parlotear sobre la tierra, pero existe un cielo con estrellas, constelaciones, emanaciones. Existen los ángeles, los serafines, los querubines, los carros celestiales. En comparación con ellos, nuestro pequeño mundo no es más que una mota de polvo, o ni siquiera. Existen algunas chispas sagradas, pero están escondidas. Hasta en el barro a veces se encuentra un diamante. En medio de esta inmundicia, existe un Baal Shem, un rabino Elimelech, un Berditchever, un Kotzker. ¿De dónde han salido? Mi propio abuelo Reb Chaim era un santo. Durante cincuenta años ayunó todos los lunes y jueves. Se levantaba sin falta a media noche para lamentar la destrucción del templo, en verano lo mismo que en invierno. Entregó su último penique a la caridad. Lo vi con mis propios ojos.

Reb Berish empezó a golpearse el pecho, que cubría un manto con flecos. El rostro se le encendió aún más, le temblaba la barba. Luego prosiguió:

—Está usted confundido, señor Melnik. Sin embargo, no se puede juzgar a un hombre en medio de su sufrimiento. Voy a bendecir la mesa.

Tomó un vaso, vertió algo de agua sobre sus manos y se las secó en el mantel. Empezó a recitar en voz alta.

—Bendito seas, Dios nuestro Señor, Rey del Universo, que provee de alimento al mundo entero con Su Bondad, con Gracia, con Misericordia...

En ese preciso momento la cucharilla cayó en el plato. Los ojos cetrinos de Morris Melnik sonrieron. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—En fin, supongo que será mejor que vaya a ver qué hacen las mujeres —se dijo.

ISAAC BASHEVIS SINGER

DISCURSO DE ACEPTACIÓN DEL
PREMIO NOBEL DE LITERATURA
1978

En nuestra época, como en cualquier otra, el narrador y poeta debe ser un artista del espíritu en el amplio sentido de la palabra, no solamente pregonero de ideales sociales o políticos. Ni hay un paraíso para los lectores aburridos ni excusas para una literatura tediosa que no intrigue al lector, lo estimule y le ofrezca el placer y la vía de escape que brinda el arte verdadero. Sin embargo, también es cierto que al escritor serio de nuestra época deberían preocuparle profundamente los problemas de su generación. No puede pasarle inadvertido que el poder de la religión, especialmente la creencia en la revelación, es hoy más débil de lo que fue en ninguna otra época de la historia humana. Cada vez más niños crecen sin fe en Dios, sin creer en la recompensa y el castigo, en la inmortalidad del alma e incluso en la validez de la ética. El escritor auténtico no puede pasar por alto el hecho de que la familia está perdiendo su fundamento espiritual. A partir de la Segunda Guerra Mundial, todas las lúgubres profecías de Oswald Spengler se han hecho realidad. Ningún avance tecnológico es capaz de mitigar la desilusión del hombre moderno, su soledad, su sentimiento de inferioridad y su temor a la guerra, la revolución y el terror. Nuestra generación no solo ha perdido la fe en la Providencia, sino en el propio hombre, en sus instituciones y a menudo en aquellos que están más cerca de él.

Presos de la desesperación, no pocos de quienes han perdido su confianza en el liderazgo de nuestra sociedad han puesto sus ojos en el escritor, el maestro de las palabras. Esperan contra toda esperanza que el hombre de talento y sensibilidad tal vez sea capaz de rescatar a la civilización. Quizá el artista tenga algo de profeta después de todo.

Como hijo de un pueblo que ha recibido los peores golpes que la locura humana puede infligir, me veo obligado a reflexionar sobre los peligros venideros. Me he resignado en muchas ocasiones a no encontrar nunca una verdadera solución. Pero una nueva esperanza surge siempre que me digo que no es todavía demasiado tarde para que hagamos balance y tomemos una decisión. Me educaron para creer en el libre albedrío. Aunque he llegado a dudar de toda revelación, no he sido nunca capaz de aceptar la idea de que el universo es un accidente físico o químico, un resultado de la ciega evolución. A pesar de que he aprendido a reconocer las mentiras, los lugares comunes y las idolatrías de la mente humana, sigo aferrándome a algunas verdades que creo que llegaremos a aceptar algún día. Ha de existir un camino para que el hombre pueda disfrutar de todos los posibles placeres, de todas las posibilidades y todo el conocimiento que la naturaleza pone a su disposición, y seguir sirviendo a Dios: un Dios que habla con hechos, no con palabras, y cuyo vocabulario es el cosmos.

No me avergüenza admitir que me cuento entre quienes fantasean con que la literatura es capaz de aportar nuevos horizontes y nuevas perspectivas: filosóficas, religiosas, estéticas e incluso sociales. A lo largo de la historia de la antigua literatura judía nunca existió ninguna diferencia fundamental entre el poeta y el profeta. Nuestra antigua poesía a menudo pasó a convertirse en ley

y en forma de vida.

Algunos de mis camaradas de la cafetería cercana al Jewish Daily Forward en Nueva York me tienen por pesimista y decadentista, pero la resignación siempre esconde un rescoldo de fe. Encontré consuelo en pesimistas y decadentistas como Baudelaire, Verlaine, Edgar Allan Poe y Strindberg. Mi interés por la investigación psicológica me hizo encontrar un bálsamo en algunos místicos como vuestro Swedenborg y nuestro rabino Nachman Bratzlaver, así como en el gran poeta de nuestro tiempo, mi amigo Aaron Zeitlin, que murió hace algunos años y dejó un legado literario de altísimo nivel, la mayor parte escrito en yidis.

El pesimismo de las personas creativas no es decadentismo, sino que se trata de una enorme pasión por la redención del hombre. Al mismo tiempo que entretiene, el poeta prosigue su búsqueda de las verdades eternas, de la esencia del ser. A su manera trata de resolver el enigma del tiempo y del cambio, de hallar una respuesta al sufrimiento, de poner de manifiesto el amor en el abismo de la crueldad y la injusticia. Por muy extrañas que resulten estas palabras, a menudo juego con la idea de que cuando colapsen todas las teorías sociales, cuando las guerras y las revoluciones dejen a la humanidad en la oscuridad más absoluta, el poeta —a quien Platón expulsó de su República— se alzarán para salvarnos a todos.

El gran honor que me concede la Academia Sueca es también un reconocimiento al idioma yidis: un idioma del exilio, sin tierra, sin fronteras, sin el respaldo de ningún Gobierno; un idioma que carece de palabras para armas, munición, ejercicios militares, tácticas de guerra; un idioma que fue despreciado a la vez por gentiles y por judíos emancipados. Lo cierto es que aquello que predicaban las grandes religiones, el pueblo hablante de yidis lo practicaba día tras día en los guetos. Fue la gente del Libro, en el sentido más estricto de la palabra. No conocieron mayor gozo que el estudio del hombre y las relaciones humanas, al que llamaron Torá, Talmud, Musar, Cábala. El gueto no era solamente un refugio para una minoría perseguida, sino un gran experimento de paz, autodisciplina y humanismo. Como tal sigue existiendo y se resiste a rendirse a pesar de toda la brutalidad que lo rodea. Yo me eduqué entre esas gentes. El hogar de mi padre en la calle Krochmalna en Varsovia era una casa de estudios, un tribunal de justicia, una casa de oración, un lugar donde se contaban historias, además de un lugar para bodas y banquetes jasídicos. De niño escuché de boca de mi hermano mayor y maestro, I. J. Singer, que más tarde escribiría *Los hermanos Ashkenazi*, todos los razonamientos que los racionalistas, desde Spinoza a Max Nordau, publicaron contra la religión. He escuchado de mi padre y mi madre todas las respuestas que la fe en Dios puede ofrecer a quienes dudan y buscan la verdad. En nuestro hogar y en muchos otros hogares las preguntas eternas eran más reales que las últimas noticias del periódico yidis. A pesar de todas las desilusiones y de todo mi escepticismo creo que las naciones pueden aprender mucho de esos judíos, de su forma de pensar, de su forma de educar a los hijos, de la felicidad que encuentran donde otros no ven más que miseria y humillación. Para mí el idioma yidis y la conducta de quienes lo hablan son la misma cosa. Se pueden encontrar en el idioma yidis y en el espíritu yidis expresiones de júbilo piadoso, ansias de vivir, anhelo del Mesías, paciencia y un

profundo aprecio por la individualidad humana. Hay en el yidis un humor sereno y una gratitud por cada día de la vida, por cada pizca de éxito, por cada contacto amoroso. La mentalidad yidis no es altiva. No da la victoria por sentada. No exige ni ordena, sino que sale del paso como puede, se cuela entre las fuerzas destructivas, a hurtadillas, con la certidumbre de que en algún sitio el plan de Dios para la Creación no ha hecho más que comenzar.

Hay quien califica al yidis de lengua muerta, pero lo mismo hicieron con el hebreo durante dos mil años. Se ha recuperado en nuestra época de una forma sorprendente, casi milagrosa. El arameo fue ciertamente una lengua muerta durante siglos, pero luego sacó a la luz el Zohar, una obra mística de sumo valor. Es un hecho que los clásicos de la literatura yidis son también los clásicos de la literatura hebrea moderna. El yidis aún no ha dicho su última palabra. Contiene tesoros que todavía no se han expuesto a los ojos del mundo. Fue una lengua de mártires y santos, de soñadores y cabalistas, cargada de humor y de una memoria que la humanidad no debería olvidar jamás. En sentido figurado, el yidis es la sabia y humilde lengua de todos nosotros, el idioma de la asustada y esperanzada humanidad.

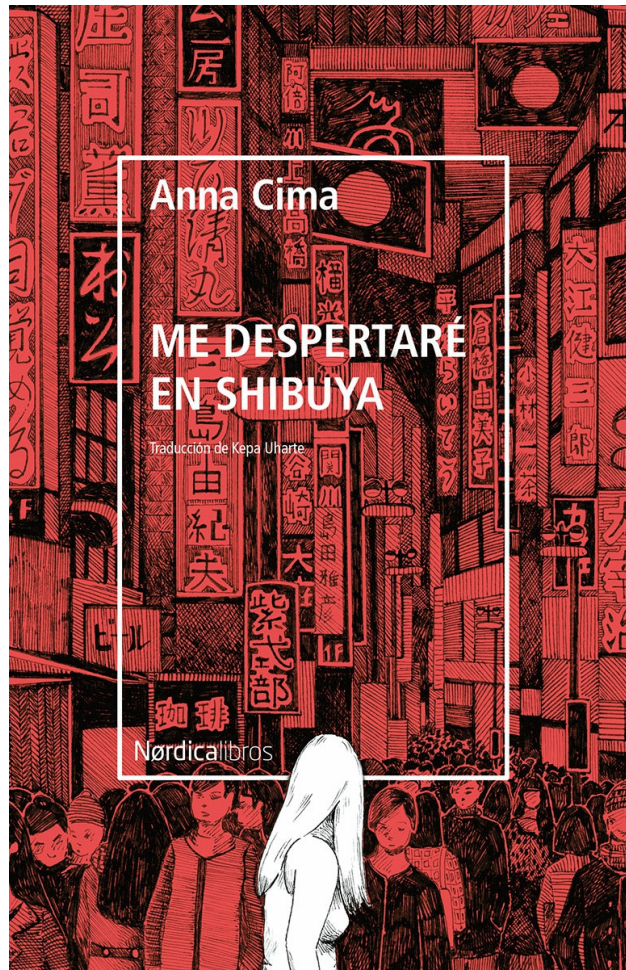
Si te ha gustado

El huésped

te queremos recomendar

Me despertaré en Shibuya

de *Anna Cima*



PARTE PRIMERA

PRAGA

No me apasiona charlar con las chicas. Lo que dicen es un rollo. Me da igual lo que haga su perro. No me interesa si su chico tiene los ojos tiernos y profundos. O si por fin han empezado a vender el protector labial americano de la cajita redonda en las droguerías.

Las chicas hablan una y otra vez de lo mismo. Así era en el insti, en la uni es igual. Tienen la necesidad de sorprenderse las unas a las otras y demostrarse eternamente que son mejores o más interesantes que las demás. Como si la vida fuera un gran concurso. Un concurso de belleza, de a ver quién es más inteligente, quién tiene el jersey más bonito hoy, a quién miran más los tíos, quién piensan los chicos que es más graciosa y con quién quieren pasar más tiempo.

Kristýna es igual en muchos sentidos. Pero como nos conocemos del insti, es una de las pocas chicas que consigo tolerar, aparte de a mí misma. Tiene el pelo rosa y en su tiempo libre participa en un movimiento que intenta demostrar que el baile en barra en realidad es un deporte refinado. Aparte de eso, se dedica a desarrollar una medicina para curar el cáncer. Se pasa la mayor parte del día en el laboratorio, donde trabaja en una investigación secreta de la que no le puede revelar nada a nadie. Luego no es de extrañar que por la noche se ponga boca abajo en la barra.

Kristýna es excéntrica. A los chicos les gusta, pero al final su vehemencia y su inteligencia siempre los ahuyentan. De una chica con el pelo rosa, realmente, uno no espera que por las noches, en lugar de ver juntos una película, prefiera resolver ecuaciones químicas. A veces pienso cómo es posible que Kristýna no consiga encontrar a nadie que esté bien. Probablemente, ni siquiera sabe qué aspecto debería tener la pareja ideal. La culpa es de su padre, que huyó a Sri Lanka cuando ella tenía quince años. A Kristýna, durante toda la pubertad, le ha faltado un modelo masculino.

El padre de Kristýna, en Sri Lanka, se convirtió en monje budista, lo que no es precisamente la imagen ideal de la masculinidad. De vez en cuando, se le aparece en sueños cuando necesita que haga algo por él aquí o para desearle feliz cumpleaños. Pero no está accesible en el móvil. Kristýna, por supuesto, está terriblemente cabreada con él. Obviamente es mejor, admite, que si se hubiera suicidado después del divorcio. Pero igualmente está enfadada. En la casilla de «profesión del padre» del formulario para una beca o en la administración, cuesta escribir «monje budista».

Cuando pasan por Praga los llamados hare krishnas, Kristýna, asqueada, cambia de acera. Lo que más le jode es cuando alguno de los que se llaman a sí mismos monjes, con túnica amarilla, le intenta vender libros eruditos sobre el ciclo kármico y otras chorradas en la plaza de la República.

—Señorita —le dice—, usted parece de mente abierta...

Ha debido de llamarle la atención la cabeza rosa de Kristýna. Ella se detiene y atraviesa al hombre con una mirada de odio. El tipo no se echa atrás, cree en sus técnicas de persuasión y sigue intentando atraer a Kristýna para que se compre el libro.

—¿Sabe lo que es el karma? —le pregunta.

—Sí, tengo uno en el baño —le corta Kristýna e intenta huir. Pero el hombrecillo es más rápido.

—Me gustaría contarle algo sobre sus vidas. No solo de la actual, sino también de la pasada y la futura. Seguro que lo encontrará interesante. Aquí tengo un libro...

—No me interesa, sé bastante de estas cosas.

—Pero esto es sobre la vida...

Kristýna se para y desalienta al hombrecillo con su mirada.

—Mire, ¡de verdad que no me interesa!

—¡Pues debería! —El hombrecillo no se da por vencido. Ahora Kristýna se calienta de verdad.

—Mire..., ¡imitación! Mi padre es un auténtico monje budista del monasterio Weduwa de Koggala, en el sur de Sri Lanka, ¡si es que le suena de algo! Cuando quiera saber algo sobre el karma, ¡se lo preguntaré a él!

El hombrecillo se queda tieso. No se lo esperaba.

—Pero aquí, en el libro...

—¡No me interesan sus libros! Si quiere dárselos a alguien, ¡envíeselos a mi padre a Sri Lanka, él se los corregirá!

El hombrecillo calla.

—Pero dudo que pierda el tiempo con algo así. ¡Él siempre está meditando! Si usted es monje, también debería. ¡Y tire los auriculares del iPhone que le cuelgan de la túnica!

El hombrecillo baja los ojos al suelo. Ya no dice nada más. Humillado, esconde el libro detrás de su espalda.

—¡Vaya usted con Buda! —chilla Kristýna y se marcha.

El hombrecillo sigue de pie delante del KFC. De repente, se siente como el insecto pesado que quizá fue en una vida pasada.

El huésped



Descubierto en 2018 por *The New Yorker*, este relato maravilloso describe sin complejos el destino, los traumas y las actitudes de los supervivientes del Holocausto. Reb Berish experimentó las dificultades de un inmigrante con una carretilla en el Lower East Side. Sobrevivió e incluso se retiró con una pequeña pensión, pero no "triunfó" en Estados Unidos como otros judíos de su generación. Morris Melnik, por otro lado, vivió una trayectoria histórica completamente diferente. Llegó a Estados Unidos en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, roto, sin esperanzas ni sueños, habiendo perdido a todos los que estaban cerca de él y experimentado las expresiones más bajas de la vida humana en la Tierra.

Isaac Bashevis Singer. (Radzymin, 1904 - Miami, 1991).

Escritor polaco en lengua yiddish. Era el tercer hijo de una familia en la que por ambas ramas abundaban los rabinos. Vivió desde muy pequeño en un barrio humilde de Varsovia, por entonces importante centro de cultura y espiritualidad judía. Ante la creciente amenaza de invasión alemana a Polonia, emigró a los Estados Unidos donde se reunió con su hermano, que llevaba ya dos años en Nueva York. En 1978 recibió el premio Nobel de Literatura, única vez que se otorgó a un escritor en lengua yiddish.

Título original: *The Boarder*

© Del texto en yidis e inglés: 1972, de Isaac Bashevis Singer

Publicado por acuerdo con The 2015 Zamir Revocable Trust a través de Susan Schulman Literary Agency LLC, Nueva York, y de ACER.

Todos los derechos reservados.

© Del discurso de aceptación del Premio Nobel:

The Nobel Foundation 1978

© De la traducción: Andrés Catalán

Edición en ebook: septiembre de 2020

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18451-14-0

Directora de la colección: Eva Ariza

Diseño de colección: Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

El huésped

Promoción

Sobre este libro

Sobre Isaac Bashevis Singer

Créditos

Isaac Bashevis Singer

EL HUÉSPED

Traducción de Andrés Catalán



colección *minilecturas*

Nørdicalibros